
INÉS GALIANO



LACHAISE



LACHAISE

ES UN CEMENTERIO EN EL CORAZÓN DE PARÍS
DONDE DESCANSAN GRANDES ARTISTAS COMO
MOLIÈRE, PROUST, WILDE O PIAF.

TAMBIÉN ES EL CEMENTERIO EN EL QUE
CARLOTA, POL Y TALÍA SE HAN COLADO PARA
COMPLETAR EL TRABAJO DE HISTORIA.

ES DE NOCHE, HAN SALTADO LA VALLA Y NO
DEBERÍAN ESTAR AHÍ.
Y EL CEMENTERIO LO SABE.

INÉS GALIANO

VUELVE CON OTRO RELATO DE TERROR Y
HUMOR SURREALISTA EN FORMATO JUVENIL.





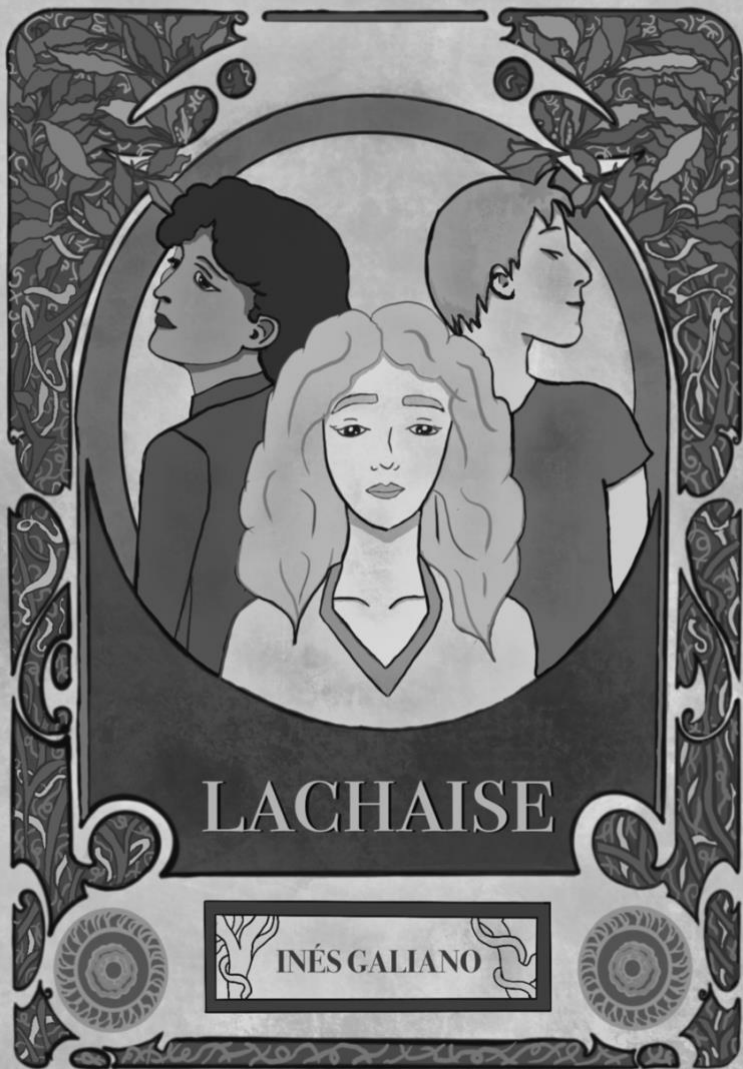


Inés Galiano, (Murcia, 1992) se graduó en Traducción en Interpretación en la UMU, Comunicación audiovisual en Tennessee y Dirección Cinematográfica en ESCAC. Vive en Barcelona y trabaja como traductora y lingüista.

Ha escrito y dirigido varios cortometrajes como Frames (Premio Latino Opera Prima) y obras de teatro como Sonríe que estás más guapa con la compañía teatral Cia Inyerface. Desde 2020, edita en la revista de ciencia ficción y fantasía Droids & Druids, y podcastea en Furia en la librería.

Ha publicado recientemente: Vallparadís (cuento Finalista Ignotus, 2021), La luna de Gathelic (novela de fantasía Finalista Ignotus con Ed. Malas Artes, 2021), y las novelas de ciencia ficción Susanna Blue (Ed. Con Pluma y píxel, 2022) y Cenizas (Hela Ediciones, 2022). Su última novela publicada es Proyecto Ketchup (novela de terror y comedia sobre su experiencia en Tennessee, 2022 Obscura Editorial).

También es comisaria del Festival Terramur, el primer festival de literatura fantástica de Murcia.



LACHAISE

INÉS GALIANO

Lachaise

© Inés Galiano, 2023

www.inesgaliano.com

Cubierta e ilustraciones: Inés Galiano

Corrección: Aitor Aráez

Maquetación interior: Inés Galiano

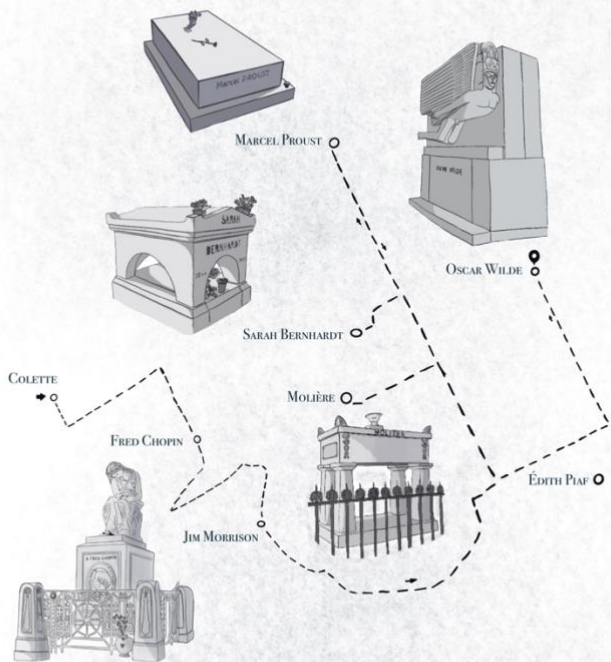
Impreso en España / Printed in Spain

Primera edición en mayo 2023

ISBN: 978-84-127173-0-3

Depósito legal: MU 439-2023

Al gran autor que me hizo amar
el teatro y el humor: Oscar Wilde



Capítulo I: Cerrado

Había luna llena la noche en la que los tres estudiantes se colaron en el cementerio de Père Lachaise. El viento revolvió las hojas de los árboles del Boulevard Ménilmontant y, si hubieran prestado atención, habrían entendido la advertencia de la naturaleza. Sin embargo, Talía, Pol y

Carlota no eran adolescentes de los que les guste dejarse llevar por los augurios y tampoco por las señales de «prohibido el paso».

El cartel del horario del recinto les había servido como herramienta de escalada y la señal de «cerrado» como punto de apoyo para encaramarse a los barrotes más altos de la verja. Carlota fue la primera en caer al otro lado, con una voltereta para amortiguar la caída que haría

feliz a la profesora de Educación Física; Pol la siguió y, aunque aterrizó de culo, tampoco hizo apenas ruido, pero Talía cayó haciendo un escándalo que podría haber alertado a los miembros de seguridad del parque, si no fuera porque a esa hora en la garita se prestaba más atención al partido del mundial de fútbol que a las lápidas de los difuntos. Cuando el estrépito dejó de oírse, sus compañeros la obligaron a sacar de la

mochila el set de cubiertos con baño dorado que había robado del buffet del desayuno del hotel.

Y con muchas ganas y pocas luces (que es como debe empezar una buena historia), Talía, Pol y Carlota, se adentraron, con el objetivo de terminar una redacción de historia, por los tenebrosos caminos del lugar de descanso de tantos artistas célebres.

—Esas cucharas del hotel no tenían baño dorado —protestó Talía

leyendo por encima del hombro de Carlota lo que esta estaba escribiendo en su bloc de notas.

—Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia —se defendió esta, mientras su amiga alzaba la ceja.

—¿A qué muerto vamos primero? —preguntó Pol, que estaba deseando acabar el trabajo antes incluso de empezarlo—. La de Chopin estaba aquí cerca, ¿verdad?

Talía se detuvo en el sendero y sacó el móvil para mostrar la captura de pantalla que había hecho del itinerario que debían seguir: la misión consistía en visitar las siete tumbas que se habían perdido por no asistir a la visita guiada con la profesora de la mañana. Tratando de ubicarse, sin éxito, por las copas de los árboles sin más iluminación que la linterna del móvil, decidió que la

dirección correcta bien podía ser hacia delante y anunció:

—La de Colette está ahí mismo, la de Chopin un poco más a la derecha.

—Perfecto, ¡me adelanto! —dijo el chico antes de salir corriendo.

Talía se giró hacia Carlota sonriendo hasta que vio a esta apuntar como una posesa en su libreta, así que tuvo que empujarla hacia la primera hilera de lápidas. Se pararon delante

de la tumba de la autora de Gigi durante unos minutos. Carlota escribía y escribía a una velocidad que probablemente quería decir que acabarían el trabajo antes de salir del parque, y su amiga se desesperaba pensando en que la parada que más ilusión le hacía era la última del camino, la del gran Oscar Wilde. El dramaturgo que había conquistado su corazón adolescente con sus piezas y le había dado un propósito de vida

más importante que cualquier otro que trataran de inculcarle en el instituto: convertirse en cómica.

El viento volvió a agitar las ramas de los árboles, agitándose como quien intenta avisar del peligro, pero una vez más las estudiantes lo ignoraron y tan solo se cerraron la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla. Sin embargo, no pudieron ignorar el grito de su amigo que acompañó su

carrera hasta donde se encontraban ellas.

—Shhh —Talía intentó devolver la calma y el silencio al lugar, pero Pol estaba demasiado agitado para callarse—. Vas a despertar a todo el mundo.

—¿Despertar? —repitió Carlota, y se dispuso a apuntarlo.

—Había algo allí —explicó el chico.

—¿Una lápida?

—Algo más bien como un muerto.

—Estamos rodeados de muertos, Pol —decía Talía, la que presumía de no dejarse asustar ni por los difuntos ni por los fantasmas desde que había jugado a la ouija con sus amigos de la playa donde veraneaba su familia.

—¡Pero este está vivo! —exclamó él, perdiendo la paciencia.

—A ver si te aclaras —respondió Carlota, consciente de que las

inconsistencias eran la muerte del relato—. ¿Escribo que has visto un muerto o un vivo?

—¿Pero tú estás haciendo el trabajo de historia o escribiendo tu diario? —se mofó Talía.

—No veo por qué no pueden ser ambas cosas —respondió ella, haciendo un mohín.

—¡Escuchadme! —gritó Pol—. ¡Hay un muerto viviente junto a la maldita tumba de Chopin!

Las dos amigas se quedaron calladas unos segundos, porque la verdad que acababa de poner su amigo sobre la mesa desbarataba el universo que conocían y disminuía la posibilidad de que aprobasen el trabajo de Historia.

—¿Estás seguro? —rompió por fin el silencio Talía.

Confiaba en que era la frase cliché que tocaba decir en aquel momento como hacían en las

películas, para así volver a la normalidad. Carlota, en cambio, que no tiraba la toalla tan fácilmente, quiso asegurarse de algo fundamental:

—¿El muerto viviente es Chopin o es un desconocido?

Pol las miró a ambas y entendió que el siguiente paso era ir a mostrarles al muerto, a pesar de que cuando había salido corriendo con la historia de su vida pasando a toda

velocidad por sus retinas se había prometido no meterse en más asuntos del más allá. Así que suspiró y dijo:

—Por aquí.

Avanzaron despacio, porque no es lo mismo estar en un cementerio desierto que ir a encontrarse con un ente que conoce lo que hay más allá del aquí, hasta que por fin llegaron frente a la tumba que indicaba «A Fred Chopin». Sobre ella había una estatua con la cabeza gacha y un

instrumento, pero no parecía muerta ni tampoco viva, más de lo que puede estar cualquier muñeca de mármol.

—No es ella la que he visto — dijo Pol, adivinando lo que estaba pasando por las cabezas de sus amigas. A continuación suspiró y explicó lo que necesitaban saber y que solo él, el encargado de la sección musical del trabajo grupal, sabría—: La estatua es de Euterpe, la musa de la música,

llorando. El tipo que yo he visto no estaba llorando.

—Ah —dijo Talía, lo que hizo que la mueca de su amigo se extendiera todavía más.

—«Llegaron a la tumba y la encontraron vacía» —susurraba Carlota—. «No había ni rastro de...».

—¿Qué haces? —preguntó Pol.

—¡El trabajo de historia! —exclamó ella.

Entonces Talía vio que debía tomar las riendas y desatascar el asunto del no muerto, y así lo hizo:

—Mira, Pol, aquí no hay nada, ¿ves? ¡Hola, señor muerto! —exclamó, haciendo que sus amigos dieran un salto—. Nada. Así que venga, echa la foto o lo que tengas que hacer con la Torpe esa de la música y vamos a la de Jim Morrison, que si no vamos a estar aquí toda la noche.

El chico no parecía muy convencido, pero no tenía muertos ni pruebas que aportar, así que se encogió de hombros y las siguió por el camino que llevaba hacia la zona sur del cementerio. Para ello, tuvieron que atravesar una rotonda (porque si no, no sería un cementerio francés) en la que había una estatua de un señor con toga (que tampoco coincidía con la figura que había visto Pol), doblaron la esquina de una

lápida y se toparon con la
acumulación de ramos de flores,
pulseras atadas y chicles pegados.

La cara del adolescente cambió y
pareció olvidarse de la tenebrosa
visión que había tenido para llenarse
de ilusión. Pol corrió a echar fotos
con el móvil mientras Talía admiraba
asqueada el árbol cubierto de
chuchería y baba humana.

—«Talía admiraba las
tonalidades del árbol de la vida en

honor a uno de los grandes músicos...» —entonó Carlota.

—¿Por qué los fans de Jim son tan guarros? —interrumpió la aludida.

—¡Rock and roll! —gritó Pol, como si fuera obvio, y se bajó de la tumba a la que se había encaramado para echarse un selfie con Jim.

—Sabes que no vas a poder usar las fotos para el trabajo, ¿no?

—Que le den al trabajo. ¡Mira qué foto más guapa!

Pol se acercó y le tendió el móvil. Talía lo cogió, preparada para poner los ojos en blanco y devolvérselo junto con alguna frase hiriente sobre no saber hacer fotos, pero entonces vio algo extraño en la pantalla y lo soltó dando un grito.

—¡Oye, que es nuevo! —exclamó Pol, apresurándose a cogerlo del suelo.

La pantalla se había vuelto negra al chocar contra la tierra. El chico sopló y lo frotó contra su camiseta antes de volverlo a encender, y cuando lo hizo, no pudo reprimir dar un salto y tuvo la tentación de volver a dejarlo caer.

—«Los estudiantes comienzan a sentir la tensión de los muertos vivientes del cementerio...» —dijo Carlota, apuntando.

—¿Quieres parar? —la cortó Talía—. ¡Hay algo en la foto!

—Es el mismo algo de antes, el que os he dicho.

Carlota se acercó a ellos y extendió el brazo pidiendo el teléfono. Estaba segura de que se estaban quedando con ella y que cuando observara la foto solamente vería una pequeña sombra que podía ser fácilmente interpretable como a) un pájaro, b) un avión, c) cualquier

cosa más razonable que un muerto
viviente. Sin embargo, cuando posó la
mirada sobre la pantalla, tuvo que
darles la razón a sus amigos.

—Holy shit —susurró.

—¿En serio? —preguntó Talía—.
¿Eres «escritora» y te cagas en inglés?

—Cada uno se caga como le sale
—se defendió ella.

Pol volvió a coger su teléfono, lo
miró una vez más y se lo guardó en el
bolsillo. Entonces explicó:

—Es el mismo tío que vi antes.
Lleva pajarita, tiene la nariz muy grande y un enorme agujero a la altura del corazón.

—¿Cómo que un agujero? —
repitió Talía—. ¿Cómo era?

—Pues un agujero, tía, ¿cómo quieres que describa un agujero? Es como un pozo así para dentro y se ve el otro lado.

—«Se veía el otro lado» —
narraba Carlota, apuntando.

—Todos los fantasmas son transparentes y se ve el otro lado, Pol, ¡no ayudas!

—¡Pues este no es transparente! Por lo menos no por todos lados, solamente por el agujero.

—Vale, vamos a ver —dijo Talía, intentando ponerle sentido a la situación—, tenemos un loco con un corazón arrancado merodeando por aquí.

—Igual es un vampiro —
propuso Carlota.

—Yo creo que es Chopin, la
verdad —dijo Pol, hablando cada vez
más bajito—. Creo que le reconozco
la nariz porque...

—Nos da igual quién sea el
muerto —interrumpió Talía—. Lo
importante es actuar rápido, antes
que él. Y acabar el trabajo de Historia.

—Hombre, pero si supiéramos su nombre, igual podríamos hablar con él y...

La teoría del chico quedó a medio explicar porque las hojas de los árboles volvieron a agitarse y el viento los empujó con fuerza. El cementerio no los quería allí.

—¿Y si volvemos al hotel? — preguntó Carlota, levantando la mano tímidamente como si estuviera en clase y tuviera que ir al baño.

—¡Yo de aquí no me voy sin ver a Oscar Wilde! —gritó Talía.

Sus dos amigos, que la conocían más que nadie (es lo que sucede después de todo un semestre compartiendo pupitre en clase de Historia), la miraron desesperados, pero dándose cuenta de que no había nada que hacer: cuando a Talía se le metía algo en la cabeza, se cumplía, aunque para conseguirlo tuviera que colarse entre las tumbas francesas por

la noche y enfrentarse a un muerto sin corazón.

—De acuerdo. Sigamos con la ruta —declaró Pol.

—«Y los chicos continuaron la aventura...».

